



CONVERSIÓN EN EL PROCESO EVANGELIZADOR

Como se me ha pedido esta reflexión en torno a la Conversión en el Proceso Evangelizador y los rasgos de ser humano convertido etc he escuchado atentamente esta introducción que se ha hecho y la verdad es que entiendo perfectamente que es lo se está persiguiendo. Se esta queriendo decir que hoy en día, en la catequesis distinguimos el primer anuncio, que se llama kerigmático, y después viene el desarrollo ordenado de la enseñanza de las distintas partes del contenido de nuestra fe. Y cada vez nos damos más cuenta que lo que en teoría sería que quien recibe la catequesis ya ha recibido primero el primer anuncio, ya ha recibido el carisma, ya ha tenido un primer encuentro, ya ha tenido el don de la conversión y ahora comienza posteriormente, el desarrollo ordenado catequético, etc pero ese orden lógico no coincide con la realidad. La vida es mucho más desordenada.

Y creo que el anuncio kerigmático no tiene un momento, sino que tiene que estar continuamente en la vida presente. Entre otras cosas, porque el anuncio kerigmático también está ligado a un momento de gracia que tenemos cada uno, que es imprevisible, porque cada uno tiene un momento de gracia en la vida pero no somos nosotros quiénes para decidir cómo y cuándo vaya acontecer. Eso lo sabe Dios.

Por ejemplo, os voy a decir que yo siendo obispo de Palencia, antes de ser el obispo de San Sebastián. y allí conocí a un padre blanco misionero en África, que él públicamente dio testimonio de que su conversión, lo que él entendía que había sido el momento de gracia de conversión en su vida, había tenido lugar 25 años después de su ordenación sacerdotal, cuando con motivo de las bodas de plata la habían regalado un viaje a Tierra Santa y él dice que en ese viaje a Tierra Santa tuvo su encuentro con Cristo definitivo y que a partir de ahí fue misionero de una manera muy distinta. Dice "yo fui misionero de dos momentos. Antes de y después de, quizás sin ser misionero mío antes de ese encuentro, pues claro que hice muchísimas cosas, pero todavía Dios no le había dado la gracia de un encuentro con Cristo absolutamente fundante, de una vida nueva.

Luego eso del anuncio del kerigma, eso de la conversión es algo que puede acontecer en momentos distintos de la vida, que no está en nuestra mano programar como quien programa un diseño catequético: primer año que se convierta y segundo año...eso se nos escapa de la mano. Eso es un don de la gracia. Y entonces nosotros lo que tenemos que tener es, en mi opinión, siempre intercalando cosas, hay que intercalar las cosas: intercalar la enseñanza ordenada de la fe con los anuncios carismáticos, intercalar ambas cosas, porque sí, porque son y ambas dos se iluminan, obviamente.

Ni tampoco es cierto que se puedan separar de una manera taxativa como quien coge un bisturí y dice esto es un anuncio kerigmático, esto otro es enseñanza catequético.

Hombre, eso cómo se puede separar. No puede acontecer acaso que en el desarrollo de una catequesis de contenidos, una catequista lo haga con tal don de gracia que resulte un anuncio kerigmático para un niño. Perfectamente puede ocurrir, porque el anuncio kerigmático no está ligado a la metodología, algo sí, pero no completamente ligado de la metodología. Anuncio kerigmático está ligado a que Dios tiene un momento de gracia para una persona y cuando tiene ese momento de gracia, alguien se convierte en instrumento de Dios para decirle algo que le llega al corazón. Ahora es muy importante que ese que va a ser instrumento de Dios, para que le llegue al corazón el anuncio carismático, sea un enamorado de Cristo. Porque solo los enamorados se enamoran o especialmente ellos se enamoran. Eso es cierto,

Dicho esto, hablar de la conversión es un concepto que en el mundo racionalista existe alergia. Tú te vas a España, a ciertos lugares de influjos racionalistas y eso de convertirse, muchas veces esa palabra se utiliza con un tono de risa irónica y te dicen "a ver si te conviertes", o sea, en un sentido de qué pasa, como un no creer o no tener la esperanza de que uno pueda volver a nacer de nuevo.

¿Por qué se mira con ironía, incluso con cierta sorna el término, el concepto de conversión? Porque también en esos ambientes racionalistas se ha dejado de esperar la santidad. El concepto de la santidad lo hemos perdido del horizonte y la palabra santo ha quedado reservada y un poco tiene reminiscencias de polvo o de retablo, o sea, no hay una viva conciencia de la vocación común a la santidad que tenemos todos los cristianos.

Quizás nos hemos olvidado de lo que era la joya del Concilio Vaticano II, que en mi opinión, yo creo que el corazón del Concilio Vaticano II, la joya del Concilio Vaticano II, la tenemos en esa afirmación de Lumen Gentium número 40 de Gaudium et spes número 35, donde se habla de la llamada universal a la santidad. Y eso, en un tiempo sí que se dijo, pero me parece a mí, que no se subraya suficientemente como el corazón del Concilio Vaticano II.

Dice: "Todos los fieles de cualquier estado o condición son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, que es una forma de santidad que promueve aún en la sociedad terrena un nivel de vida más humano. Para alcanzar esta perfección, los fieles según una diversa medida de los dones recibidos de Cristo, siguiendo sus huellas y apodándose a su imagen, obedeciendo la voluntad del Padre, deberán esforzarse para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Todos los fieles de cualquier estado o condición son llamados a la plenitud de la santidad.

Este es el tema clave. Obviamente si esto no lo creemos, si esto no lo esperamos, es difícil entender el mensaje de la llamada a la conversión. Es obvio, si alguien no sabe a dónde va, es difícil que acierte con el camino. Y hay que reconocer que la esperanza de la santidad es, para nosotros, como un reto, porque para nosotros sería más fácil creer en el Dios creador de cielos y tierra que creó el firmamento, que creer en que ese señor a ti y a mí nos vaya a hacer santos. Igual, en un momento determinado, es más fácil creer en el universo entero, que creer que a mí a mí me vaya a hacer santo. Es más fácil lo primero que lo segundo.

Luego, la esperanza de la santidad es muy importante porque es decir, si el Señor lo quiere, lo desea, si el Señor puede, porque me da el don de la gracia, ¿cómo no va a ser así? o sea, yo tengo esperanza de la santidad, tengo esperanza en que Dios llevará a cabo este empeño. Esto es importantísimo.

Otro matiz importante antes de entrar a desarrollar el tema, el matiz teológico, es el concepto de santidad. En el mundo protestante, este es uno de los temas que entre el catolicismo y el mundo protestante hubo una diferenciación de percepción importante. El mundo protestante insiste mucho en que solo Dios es santo. Obviamente también nosotros decimos eso, pero lo dice de una manera excluyente, en el sentido de que por lo tanto no veneramos a ningún santo. Solo Dios es santo y no puede haber seres humanos que nosotros digamos que sean santos también. Entonces, no hay santos. Sin embargo, nosotros decimos, Dios es santo, pero además su santidad es participativa. Él nos la da, la participa con nosotros, en nuestra medida obviamente, en una medida pequeña, pero la santidad de Dios es tan infinita que en su misericordia la participa de nosotros. También pasa eso con el ser. Solo Dios es el ser subsistente, pero nosotros participamos de su ser. Por participación somos también creaturas, o sea, somos, existimos, quiere decir .

Y ¿por qué digo que hay dos concepciones en la santidad? Esto creo que es importante. Lutero, para decirlo gráficamente, puso un ejemplo muy gráfico que se entiende muy bien para entender y para describir lo que él entendía por la justificación. El hombre se hace justo delante de Dios. Él decía, "Imagínate un campo en el que hay un montón de estiércol en medio del campo". (se dice aquí la palabra estiércol. Sí, bueno, pues había un montón de estiércol en el medio del campo). Entonces cae una nevada y la nieve cubre el campo y también cubre, obviamente, ese montón de estiércol. Y cuando después de que ha nevado, ese monto de estiércol no se ve, porque está perfectamente tapado, se ve como una montaña de nieve, entonces, dice Lutero, así es la justificación que Dios hace en nosotros. Dios cubre con el manto de su misericordia nuestro pecado. Nosotros somos estiércol y Dios con su manto de misericordia nos tapa.

Esa explicación es tentadora, el manto de la misericordia que nos tapa. Pero el Concilio de Trento dice: " un momento, eso no es así". La misericordia de Dios no consiste en que Dios te tapa tu pecado, sino que la misericordia de Dios, la justificación de Dios es tan potente que Dios es capaz de transformar nuestra miseria y participar de la resurrección de Cristo haciéndonos hombres nuevos. O sea, no es que Dios te diga, voy a tapar, voy a hacer como si no he visto y entra para aquí para el cielo: que es un poco lo de hacer la vista gorda, que se dice. No, la gracia de Dios es tan potente, tan transformante que nos renueva. Entonces, no es que Dios cubra, tape tu miseria, sino que te hace un hombre nuevo.

Son dos conceptos bastante distintos, porque para nosotros, para la condición católica, justificación es lo mismo que santificación. Que Dios te haga justo no es que Dios haga la vista gorda, no, es que te santifica. Y por cierto, por eso también creemos en el purgatorio. Porque el purgatorio es ese estado de santificación complementaria que puede necesitar un alma para gozar plenamente de la visión de Dios si ha muerto sin tener la necesaria santificación y purificación en su vida. Es que todos los misterios de la fe están perfectamente conjugados.

Obviamente esto que estoy diciendo es importante para entender la llamada a la conversión y para entender nuestra esperanza a la santidad. Lo digo, un poco, a modo de presupuestos primeros de partida.

Dicho esto, yo me atrevería a decir que hay, permitidme que me apoye bastante en San Ignacio de Loyola, porque soy obispo de la diócesis en la que nació San Ignacio de Loyola y me llamo Ignacio y aunque no soy jesuita, en el recorrido de mi vida, estoy profundamente impregnado de su espiritualidad. Me considero hijo de los ejercicios espirituales de San Ignacio, que hago todos los años y procuro también dar tandas siempre que puedo pero como obispo no puede mucho, pero considero que eso es una de las grandes joyas de la historia de la espiritualidad de la Iglesia Católica,

Entonces, yo creo que uno cuando ve la vida de San Ignacio puede entender perfectamente que en un itinerario, aunque sabemos que la descripción que hacen los distintos santos y escuelas de espiritualidad tienen sus matices, pero yo creo que se puede hablar de que en la vida hacia la santidad hay dos conversiones: una primera conversión y una segunda conversión. Puede ocurrir que haya muchos cristianos, muchos católicos, que vivan sociológicamente una vida, su vida cristiana sin haber tenido la primera conversión. Vamos a ser claros.

Por ejemplo, San Ignacio de Loyola antes de su conversión, la conocida primera conversión de San Ignacio aconteció, cuando cayó herido en la defensa del castillo de Pamplona, le llevaron hasta la casa torre de Loyola y ahí estuvo siete meses convaleciente. Y en esos siete meses de convalecencia, él tiene su encuentro con Cristo y ahí decide entregar su vida a Dios. Y allí, cuando uno visita aquella capilla, que visitó San Juan Pablo II en el año 82, allí se lee "Aquí entregó a Dios su vida Ignacio de Loyola". Fue su primer lugar, su momento de gracia, de entrega del corazón, su primera conversión.

Antes de esa conversión, San Ignacio ya había sido cristiano, porque perteneció a una familia cristiana, había sido perfectamente adoctrinado, de hecho, había recibido los sacramentos, etc, como tantos cristianos que ponen o ponemos una vela a Dios y una vela al diablo y jugaba a dos barajas, tenía dos señores. ¿Se puede vivir la vida cristiana teniendo dos señores y sin tener esa primera conversión? claro que se puede. ¿Se puede ser sacerdote también sin haber tenido la primera conversión? Por desgracia, claro que se puede. Teniendo dos señores, sí se puede. La vida religiosa también se puede, la vida episcopal también, la vida matrimonial también. Eso tenemos que tenerlo claro.

Entonces ¿en qué consiste la primera conversión? La primera conversión consiste en el don de gracia de entender que el encuentro con el Señor tiene que darle un corazón indiviso. Eso de amar a Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser. No es decir, voy a intentar ser una buena persona, sino que quiere decir que mi corazón es totalmente de Dios.

Yo soy de los que me gusta enviar diariamente un mensaje a redes sociales y esta mañana el mensaje que he enviado a redes sociales, precisamente, se refería a esto, con una reflexión que decía: La distancia entre entregar nuestro corazón a Dios totalmente o abrir mi corazón a Dios casi totalmente, la distancia es infinita en ese "casi". Decir "yo voy a entregarme mi corazón a Dios o abro mi corazón a Dios casi

plenamente o plenamente es infinita la distancia, porque eso de “casi”, eso de pensar que yo si sigo a Dios, pero me reservo determinados capítulos de mi vida en los que todavía ahí no he permitido que Dios entre y haga la luz en su vida, y decir en todo lo demás Señor puedes entrar, mira, esta es mi vida, aquí tienes todo lo queréis tener, solo que aquel cuartito oscuro que tengo aquí, es una cosa mínima, no pasa nada, pero eso queda cerrado. Entonces ahí todavía no ha habido una primera conversión.

La distancia entre el ser totalmente de Dios o casi totalmente es infinita. La primera conversión es el don de Dios que el corazón se entregue a Dios de una manera indivisa. Eso es importantísimo. El corazón indiviso. Solo así se puede vivir el primer mandamiento de la ley de Dios, de lo contrario, el primer mandamiento de la ley de Dios, obviamente lo manipulamos. Yo amo a Dios, pero también le meto otras circunstancias complementarias que lo manipulan.

Si se fijan ustedes, detrás de esta primera conversión, está fundamentalmente las tres tentaciones de Jesús en el desierto, que eran tentaciones mesiánicas para Jesucristo, pero que en el fondo, como decía Dostoyevsky, esas tres tentaciones encierran el resumen de la tentación de toda la humanidad y de todos los tiempos, porque son como subrayar ¿cuál es mi bandera? que diría San Ignacio. San Ignacio tiene una meditación que se llama “Las dos banderas”.

Entonces, lo de cuál es tu bandera es muy importante, porque la bandera es cuál es mi opción fundamental. O sea, mi corazón es lo que dice el evangelio: donde está tu tesoro, ahí está tu corazón. ¿Cuál es mi tesoro?, ¿Cuál es mi bandera, mi opción fundamental? Y uno mira las tres tentaciones y ve claramente cuáles son las características de la bandera del mundo, entendiendo por mundo, el mundo contrario a Dios, el mundo, digamos, que está guiado, manipulado por el espíritu de Satanás y cuáles son las características de la bandera de Cristo.

Uno ve las tres tentaciones y dice "Haz que estas piedras se conviertan en pan" cuando llevaba 40 días de ayuno y obviamente lo que la carne le pedía era romper el ayuno que ya está bien. Obviamente esta es la **tentación del placer**. Tentación del placer que está omnipresente en nuestra sociedad, que es el edonismo, máxima comunidad con mínimo esfuerzo: mira la publicidad y todo se puede hacer apretando un botón y todo se soluciona, tomando una pastilla todo se soluciona, aprenda inglés sin estudiar, todo es así. Todo es intentar ofrecer un mundo sin cruz, en el que el placer, lo fácil, lo cómodo, lo placentero es como el motor del mundo.

En el fondo detrás de esta bandera, de esta tentación, está la teoría freudiana que dice que “el placer es el motor del mundo”. Todo el mundo se mueve por placer. Freud piensa eso y claro, a tenor de lo que ve mucha gente, parece que podría ser verdad, Pero Jesús rechaza esa tentación y ¿si Dios solo es uno? Jesús frente a la tentación del placer eligió otra bandera muy distinta que fue la cruz. Tú fíjate qué diferencia,

Y después el diablo le lleva al templo, al pináculo del templo donde se veía ahí toda la esplanada del templo de Jerusalén y le dice "Tírate de aquí abajo, que tus ángeles te cojan y te bajarán". ¿Qué tentación está diciendo esa? Tú fíjate, si Jesús entra en Jerusalén, que Él sabía que, como Mesías, tenía que entrar en Jerusalén, si entra de esa manera tan gloriosa, bajado desde el pináculo del templo por los ángeles, eso iba a ser una entrada triunfal, solo faltaría que le pusiesen la alfombra roja. Esta es la

tentación del prestigio. La tentación del prestigio, la tentación del poder, que habla también Adler . Si Freud dice que “el placer es el motor del mundo”, Adler dice “el poder es el motor del mundo” y dice la gente por poder, por tener poder, por mandar, hace lo que sea. También uno dice si veo a la gente mandar, uno podría pensar que eso es así, porque aquí por mandar, por quedar encima, por ser tú siempre el que tengas la última palabra, por mi amor propio a mí no me lo pisa nadie, porque mi honra no sé qué, y es que el poder y el prestigio ciertamente parece una bandera del mundo,

Y luego el diablo le lleva a un monte altísimo desde donde se veía todas las riquezas del mundo y le dice "Todo esto te daré si te postras y me adoras". Y Jesús, sin embargo, elige el camino de la pobreza. El hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza. Las zorras tendrán madriguera y los pájaros tienen nido, pero Jesús, el techo de Jesús eran las estrellas. Entonces, uno dice "Es que la primera conversión consiste en que uno diga, mi corazón es de Dios. Y en mi vida, el motor último de mi vida, ni es el placer, ni es el poder, ni es el poseer, ni el tener, sino que el motor de mi vida es el amor, el amor a Dios, el amor al prójimo. Cuando uno recibe ese don, ese don de determinar su corazón diciendo mi bandera, mi opción fundamental es esta y no es esta y ya se ha acabado, cuando uno toma esa determinada determinación, que diría Santa Teresa de Jesús, esa es la primera conversión.

Y eso ¿quiere decir que una persona que ha tenido la primera conversión en su vida ya no va a tener ningún pecado de ningún tipo?. Por desgracia no es así, pero puede ocurrir que en nosotros sera difícil que tengamos pecados muy graves cuando alguien ha tomado esa determinada determinación, pero dice la Sagrada Escritura que el hombre peca siete veces y que forma parte de la condición del hombre también sus incoherencias, nuestras incoherencias.

Pero ojo, lo de la determinada determinación, de cuál es mi bandera, de dónde está mi tesoro, de cuál es la acción fundamental de mi vida, eso es importante. Y obviamente para quien ha hecho su primera conversión cuando cae en el pecado, le es muy fácil reconocerlo. No se justificaría de ninguna manera, porque es consciente de cuál es su determinada determinación, su bandera e identifica su vida cuando hay algo contrario a esa opción de primera conversión.

Esta es la primera conversión y, como os he dicho, yo estoy seguro que, muchos de los aquí presentes hemos recibido momentos en nuestra vida, momentos de gracia en los que el Señor, por el anuncio kerigmático de que Cristo nos ama, nos quiere entrañablemente, cuando se nos ha mostrado la gratuidad del amor de Jesús, hemos entendido que la única manera de responderle es amando a fondo perdido.

Hemos entendido que yo no puedo decirle, ante una declaración del amor así, que yo tengo que intentar ser un poquito mejor porque lo lógico, la única respuesta posible a la declaración del amor de Dios es responderle con un amor sin medida. La respuesta al amor de Dios, no puede ser otra, cualquier otra sería una incoherencia. Esta primera conversión que acontece en momentos distintos, yo creo que tiene que ser y tiene que buscar momentos de renovación en la vida. Uno dice "yo ya tuve esa primera conversión en un momento determinado de mi vida". Pero existe el riesgo de que el amor primero se enfríe. Por eso también la Sagrada Escritura dice de renovar el amor primero, volver a la primera conversión. Y eso quiere decir que el anuncio kerigmático no se puede reducir a un único momento puntual, sino que tiene que ser una y mil

veces y quinientas veces. Primero porque cada uno tiene su momento para recibir ese anuncio y segundo porque hay que renovarlo. Y en materia de conversión no se puede vivir de las rentas.

Ahora bien, vamos a hablar también un poco de la segunda conversión. ¿A qué me refiero yo con segunda conversión? Yo supongo que San Ignacio de Loyola, cuando él estaba allí, en su convalecencia, postrado después de su herida en la defensa del castillo de Pamplona, cuando él se inclinó definitivamente por la conversión, yo supongo que él pensaría que mi conversión ya ha llegado a donde tenía que llegar. Estoy seguro que lo más probable es que él así lo experimentaría. Cuando uno tiene una primera conversión piensa que ya has alcanzado la meta absoluta de la vida cristiana. Eso es también propio de un neoconverso. Un neoconverso tiene tal ilusión, se ha quedado flasheado, como se dice, por el amor de Dios de tal manera, que le parece que ya ha visto todo lo que tenía que ver, pero claro, la cosa no es así.

Ignacio de Loyola en ese momento dijo "ya está, mi vida la entrego al Señor, " y entonces se despidió de los suyos, y fue camino a Montserrat andando y allí cambió sus ropas de caballero por las de un mendigo. Y en ese viaje ocurrió también una anécdota, en la que la providencia le ayudó, que fue que por el camino de Montserrat se le puso a cabalgar junto a él un moro y se pusieron a discutir contra la fe católica y la virginidad de la Virgen María y entonces San Ignacio se indignó con el moro y lo despidió y entonces le quedaron remordimientos a San Ignacio sobre si había defendido el honor de María como era debido y pensaba que yo me tenía que haber cargado el moro. Entonces como yo iba por delante y el camino se bifurcaba, Ignacio dice " voy a soltar las riendas de mi caballo, si mi caballo sigue por el camino que ha escogido el caballo del moro, voy y me lo cargo pero si va por el otro lado es que Dios no quiere eso . Y menos mal que el caballo fue por el otro lado y le respetó su vida. Pongo este ejemplo para que caigamos en cuenta de que era un corazón totalmente ardoroso y entregado. O sea, que si hacía falta cargarse al moro se lo cargaba. Vamos, era un corazón totalmente de Dios, pero que no estaba pulido. Le faltaba la segunda conversión.

Y él, en esa digamos ingenuidad, inocencia, que es muy bonita también, en su primera conversión, él dice " si yo soy de Jesús, ¿qué voy a hacer?" pues me voy a Tierra Santa y viviré allí en Jerusalén, en Nazaret o en Belén y viviré como Jesús vivió. Me meto en una cueva y vivo como él y allí espero a la muerte y me voy al cielo. Esta una concepción absolutamente hipy, digamos, pero totalmente inocente de decir "mi corazón es de Dios y se acabó". Coge el barco en Barcelona, y él va a Tierra Santa. Visita los Santos lugares. En ese momento las cruzadas ya habían fracasado y la Tierra Santa estaba conquistada por los musulmanes, pero los franciscanos ya estaban allí custodiando aquello y se les permitía estar atendiendo a los peregrinos. Y cuando los franciscanos ven que Ignacio de Loyola pretendía quedarse allí como un ermitaño, vieron que era un peligro viviente porque, un hombre así en un sitio como ese. iba a tener enfrentamientos con los musulmanes y le dicen "No, usted se vuelve fuera" pero aquel que no quería se escapó del grupo para quedarse solo como ermitaño. Y los franciscanos fueron a por él y le enseñaron una bula que tenían del Papa con autoridades de excomulgarlo si no obedecía y le dijeron: Usted al barco y a volver. Y el hombre que se había imaginado las cosas de otra manera no tuvo más remedio que obedecer y volver al barco. Pero él decía "ya volveré porque si me dice que aquí solo no se puede venir, ya vendré acompañado". Entonces, fíjate cómo son las cosas, vuelve, comienza una formación para formarse mejor y va a la Universidad de París y en París

se junta con los primeros seguidores del entorno de Ignacio, entre ellos está Francisco Javier, y les transmite a ellos: vámonos a Tierra Santa y vivimos todos juntos en Tierra Santa porque él tenía esa ilusión, tenía su pensamiento de cómo tenían que ser las cosas en el contexto de su primera conversión. Él quería ser de Dios, pero él se había imaginado cómo tengo que ser de Dios.

Entonces, esos seis compañeros hacen el voto de pobreza, de castidad, pero no de obediencia. Hicieron un voto y el voto era vamos a predicar el catecismo a los niños en torno a Venecia y pedimos limosna para el pasaje a Tierra Santa y cuando tenemos dinero nos vamos a Tierra Santa y vivimos allí toda la vida. Y gracias a Dios, en ese voto que hicieron, introdujeron una cautela. Y la cautela era, si en el espacio de un año no sale ningún barco para Tierra Santa, todos nos presentamos delante del Papa. Y estuvieron mendigando porque el pasaje era muy caro y cuando juntaron todo el dinero, el barco no salía. Y resulta, fijaros, que hay un sacerdote que, fue de nuestra diócesis que escribió una joya sobre la vida de San Ignacio que se titula "Solo y a pie", se llamaba Ignacio Tellechea que fue un gran historiador, y, él, Ignacio Tellechea a la hora de escribir este libro investigó en los anales del puerto de Venecia y descubrió que en todo el siglo XVI, el único año que no salió ningún barco para Tierra Santa fue ese, y ahí se quedaron todos en el puerto de Venecia sin ir a Tierra Santa.

Y entonces, como habían hecho una cautela de que en su voto si no se salía un barco para Tierra Santa, se presentarían delante del Papa entonces allá que fueron delante del Papa. Y el Papa les dijo, "pero, ¿a dónde vais vosotros a Tierra Santa? ¿a dónde vais?" Si allí ya están los hijos de Francisco. Nosotros lo que necesitamos es que permanezcáis aquí predicando el catecismo en los barrios de Roma y cogiendo a todos los niños y claro el Papa les cambió totalmente en horizonte de lo que S. Ignacio había pensado que tenía que ser. Y entonces Ignacio Tellechea expresa esta idea con mucha belleza en este libro y este episodio lo recoge en un capítulo, y lo titula "Soñó en Jerusalén, pero despertó en Roma"

Y en gran parte, esta es la segunda conversión a lo que yo quería referirme. La segunda conversión de la vida es aquella que va aconteciendo cuando tú pasas de decir "Yo soy completamente de Dios", sí, pero deja que Dios ponga la letra pequeña. Porque a veces uno quiere ser de Dios, pero yo le voy a decir a Dios cómo tiene que hacer las cosas y eso eso es una conversión de aquel modo.

Hay dos maneras de rellenar un cheque, hablando en plata: uno rellena un cheque y pone la cantidad, pone el nombre al portador o a no sé qué, pone la fecha, pone el lugar, pone tal y se presenta delante de Dios y le dice, "¿me lo firmas?" o también puedes firmar un cheque en blanco y le dices a Dios "¿me lo rellenas?" que es bastante distinto. Y en el fondo, la segunda conversión es esto.

La segunda conversión de la vida es caer en cuenta de que el cómo, en dónde, las circunstancias autentican eso de que yo quiero ser completamente de Dios. Porque si uno dice "Yo quiero ser de Dios, quiero servir a Dios y ahora yo voy a decir cómo, dónde, de qué manera", entonces tú estás poniendo demasiadas condicionales que, al final, tu amor propio se acaba metiendo en las cosas indefectiblemente.

La segunda conversión tiene mucho que ver, por ejemplo, con el pasaje evangélico de Jesús y Pedro. La primera conversión es la de Pedro que dice "Señor, daré mi vida por

ti y aunque todos te nieguen, yo no te negaré". Esa es la primera conversión en estado puro, un corazón ciertamente ilusionado. Pero la segunda conversión es cuando después de las tres negaciones, cuando después de haber experimentado sus incoherencias y su pequeñez, entonces Jesús le pregunta "Pedro, ¿tú me quieres? ¿Tú me amas?" y le dice, "Cuando eras joven, tú mismo te ceñías. Te ibas a donde querías, pero cuando sea viejo, otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras. Ojo, a donde no quieras. Tú ven y sígueme. Esa segunda llamada es la segunda conversión y la segunda conversión es muy importante. La segunda conversión casi siempre coincide con la necesidad de quebrar nuestra voluntad de alguna cierta manera, porque hacemos planes, planes y planes y las cosas luego no han sido como habíamos soñado. Y entonces cuando uno se le van derribando los castillos de naipes de su imaginación, que ha pensado cómo tienen que ser las cosas, entonces una de dos, o el demonio se sirve de esa decepción para retornar y perder la gracia de la primera conversión o uno entra en la gracia de la segunda conversión. Y la segunda conversión es no solo decir yo quiero ser suyo, sino decir, Señor, lleva tú las riendas de esto. Las riendas las llevas tú.

Y la segunda conversión es muy importante en la vida y voy a decir que sufrimos mucho porque el cristiano en su itinerario sufre mucho primero por no llegar a la primera conversión. Es decir, antes de llegar a la primera conversión se sufre mucho, porque cuando uno está bajo el influjo del placer, de la bandera del placer, de la bandera del prestigio, del amor propio, está totalmente apresado por la avaricia del dinero, se sufre mucho hasta que uno pronuncia mi corazón es de Dios. Y también se sufre mucho, aunque uno haya tenido la primera conversión por no terminar de entregar las riendas a Dios y que Él dirija a nuestra vida.

Entonces, San Ignacio de Loyola formula para que la segunda conversión sea cierta, dentro de los ejercicios espirituales, lo que él llama el ideal de la santa indiferencia. Ya se que la palabra indiferencia generalmente la solemos utilizar en un sentido negativo, es un mal, dice la madre Teresa de Calcuta, el mayor mal de este mundo es la indiferencia. Pero en este caso San Ignacio utiliza el término en otro sentido, por eso lo llaman "santa" indiferencia, Entonces, ¿a qué se refiere? se refiere a que para buscar la voluntad de Dios, yo verdaderamente me tengo que hacer indiferente a mi gusto personal, porque si mi gusto personal sigue ahí, o sea, pesando mucho dentro de mí, cuando yo le diga "Señor, yo quiero hacer tu voluntad, pero a mí me gustaría mucho que tal y tal...", a ver, si yo si yo formulo las cosas así, eso de que a mí me gustaría hacer tu voluntad con todos mis gustos personales puestos, o sea, al final va a ser que yo voy a hacer que la voluntad de Dios coincida con mis gustos personales. Y entonces, por mucho que digas "Señor, lo que tú quieras", sí, lo que tú quieras, pero lo que yo te diga.

Entonces, Ignacio dice que la segunda conversión requiere el ejercicio de la santa indiferencia. Y la santa indiferencia es que uno tenga la disposición interior, el desapego interior para que, si el Señor me pide esto, se lo entrego con un corazón libre, y si me pide lo otro, se lo entrego con un corazón libre, que me sea lo mismo y que tenga la disposición al desapego fuerte.

Y para suscitar la santa indiferencia, él hace una meditación que se llama de los tres binarios, que es curioso porque se desconoce de dónde viene la palabra binario, pero hace una medicación de los tres binarios. Y los tres binarios son, él dice, tres tipos de

personas a las que se les ha anunciado que les van a dar un cargo honorífico por ser conde y no sé qué, y se les da un título ligado a la asignación de una cantidad importante de dinero. Y entonces la posibilidad está si es voluntad de Dios que lo acepten o que no lo acepten. Entonces, posibles actitudes ante ese dilema sera ¿querrá Dios o no querrá Dios que me den el título de conde con la asignación anual de tantos ducados o lo que sea?

Él dice: "El primero es el que se pasa toda su vida diciendo: tengo que discernirlo, tengo que tenerlo, pero se muere sin discernirlo y al final ahí se queda con ello. El segundo es el que le pide y le plantea a Dios: Señor, yo lo que tú quieras, lo que tú me digas, y se queda así esperando una respuesta que no sé si espera que venga un ángel y se la diga. Y el tercero dice el tercero: como él sabe que en su gusto personal, a nadie le amarga un dulce que dice el refrán (este refrán se dice aquí en Costa Rica, en España se dice, 'a nadie le amarga un dulce) obviamente que me den ese honor y ese dinero me atrae, me resulta atractivo pero como él no sabe eso, dice: me voy a hacer la idea de que eso no es para mí. Yo parto del convencimiento de que ni ese título honorífico, ni ese dinero es para mí e interiormente trabajo mi corazón para desprenderme de ello. Me hago la idea de que eso ya no es para mí. Y con esa disposición le digo: Señor, lo que tú quieras, si tú no me dices lo contrario, sera que no". Y dice San Ignacio: "Hombre, solo tiene el tercero la santa indiferencia, los otros dos no la tienen".

Entonces en la segunda conversión el dejarle a Dios verdaderamente las riendas de nuestras manos en sus manos es muy importante. Por ejemplo, el que uno de nosotros en un momento de conflicto diga, "a ver, yo no quiero nada por amor propio, y si en este problema, en este conflicto, si yo dejando de ser catequista, si yo dejando mi puesto, si yo dejando tu responsabilidad entonces Señor, aquí tienes mi cargo a tu servicio, o sea, yo no quiero nada con amor propio, quiero lo que tú quieras y me hago idea de que si es necesario que venga otro y que coja mi carro entonces ya se ha acabado porque yo no quiero esto porque yo lo quiera, lo quiero si tú lo quieres y si no no lo quiero". Esto es la segunda conversión. Porque sino mezclamos nuestro querer con el querer de Dios.

En esta descripción de la llamada a la conversión, en el fondo, ¿qué conclusión sacaría uno? que un cristiano tiene que vivir en proceso permanente de conversión, o sea, no hay otra. La conversión no es una etapa mas. Un cristiano vive en proceso permanente de conversión. Es más, ser cristiano es lo más antitético a instalarse en la tibieza y en la mediocridad. Un cristiano es alguien que sin angustia, ojo, porque yo no estoy diciendo que vive angustiado, yo no estoy diciendo eso, ni perder la paz por mi tibieza y ni hacer las paces con mi tibieza, ni perder la paz por mi mediocridad, porque soy un pecador, pero ni hacer las paces con ella, o sea, vivir en permanente estado de conversión, sabiendo que lo más antitético del ser cristiano es el pactar con la mediocridad.

Entonces, yo creo que esto es lo que estamos llamados a compartir con el mundo. Que cuando ellos nos ven ¿quién es un buen párroco? ¿quién es una buena catequista? Fíjate, alguien que no es perfecto, pero que transmite claramente el mensaje que él está en proceso de conversión. Eso te agrada. O sea, si tú ves que tienes un catequista, que tienes un padre, una madre, un sacerdote, un tal, que él quiere convertirse y le ves que pide a Dios de manera ferviente y con esperanza el deseo de transformación, ese es el seguidor de Cristo. Y no el que se piensa que ya ha alcanzado el estado que tiene que alcanzar, no el que se piensa que ya ha llegado porque cuando alguien pierde la conciencia de la necesidad de conversión, se instala y se siente un profesional como

que se las sabe todas, está perdido. O sea, que alguien pierda el deseo de conversión es un cristiano absolutamente abducido, fíjate, curiosamente, quizás, aparentemente no por el espíritu del mundo, igual sí, pero igual puede ser desde una falsa concepción, desde un clericalismo que le ha robado el espíritu de conversión.

Bueno, yo creo que he hablado un montón, pero termino como he comenzado, y es en renovar el deseo de santidad y la esperanza. Eso que dice San Pablo, "el que comenzó en ti la obra buena, el mismo la llevará a término". Y creer y también pedir mucho el don de gracia para cada uno de nosotros, porque ese don de gracia llega en cualquier momento, llega hoy, llega de una manera que no podemos poseer ni predecir ni determinar, porque Dios se caracteriza por ser inmensa, por ser imprevisible.

Acordaros de esos pasajes evangélicos de que a qué hora llegará el esposo, tened las lámparas encendidas o acordaros de aquel de la piscina acrobática donde el paralítico estaba ahí a ver cuando llegaba el ángel y se renueven las aguas para que alguien me acerque. La verdad es que hay que estar ahí, y si no estás ahí, cuando llega el ángel, ya no entras tú el primero. O sea, ese don de la gracia, de la conversión llega de manera que te tiene que encontrar esperándola. Así el don de la gracia es gratuito pero te tiene que encontrar esperándola con hambre de Dios. Eso es importante,

Y luego, obviamente nos tiene que también hacer una contraposición de ascética y mística, porque es absurdo, porque el don de la conversión es pura gracia y al mismo tiempo nos implica ascéticamente a tope. Una cosa no va contra la otra. Alguien dijo, y perdón por la expresión que es un poco humorística, pero bueno, dice: "Cuando Dios da su gracia, el hombre suda", porque si es gracia de Dios, te hace a ti sudar. Te hace sudar porque la gracia de Dios es gratuita, pero hace que te entregues a tope y entonces todas tus capacidades, por pura gracia de Dios, ponen en empeño para poder llegar a ese don que Dios nos quiere dar y Dios nos conceda esa gracia.